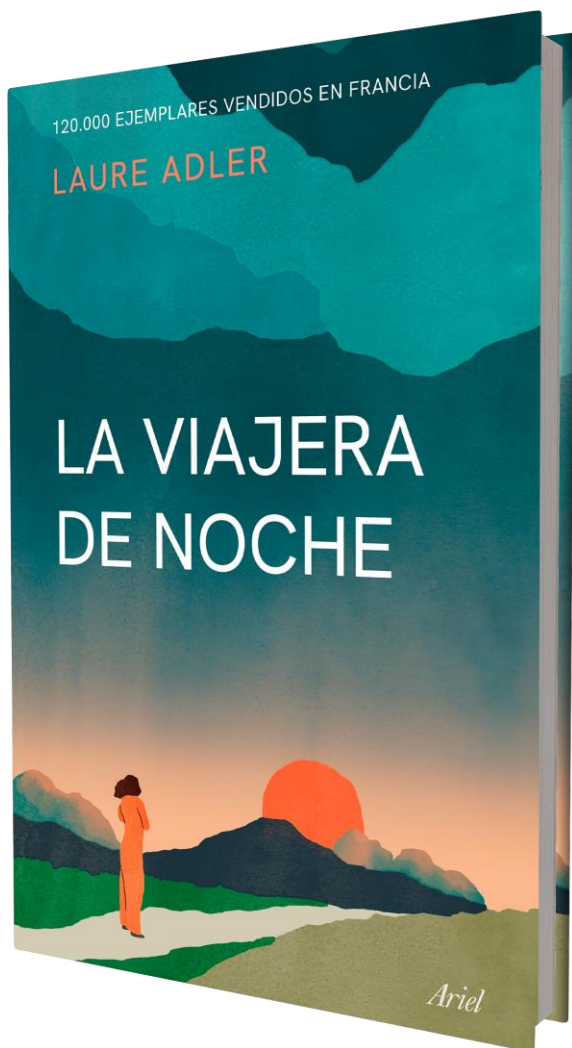


Ariel



LAURE ADLER

LA VIAJERA DE NOCHE

**Un relato íntimo cargado de lúcidas
reflexiones sobre lo que significa envejecer**

A LA VENTA EL 14 DE SEPTIEMBRE

AUTORA DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

***Material embargado hasta su publicación**

Para ampliar información, contactar con:

**ITZIAR PRIETO (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
659 45 41 80 / iprieto@planeta.es**

SINOPSIS

«No estamos inmersos en nuestra edad de una forma evidente. A menudo te la recuerdan. O te la echan en cara, o te la señalan. O bien la comprendes de golpe, como el narrador de *En busca del tiempo perdido*, que comprende que ya no es un hombre joven, aunque instintivamente “se sienta” joven.»

Actualmente cumplir años se ha convertido en una desgracia o, como mínimo, en un proceso que la sociedad rechaza y silencia. Frente a esta realidad, esta hermosa obra nos revela no solo los estereotipos y prejuicios que rodean la edad madura, sino el valor que pueden tener el sentimiento de finitud y la experiencia de lo vivido.

Entremezclando experiencias personales, anécdotas y **referencias a autores como Herman Hesse, Annie Ernaux, Elias Canetti, Marguerite Duras, Virginia Woolf, Roland Barthes** y un largo etcétera, este libro nos muestra que, si sumar años está visto como una fatalidad, saber envejecer es una posibilidad e incluso un privilegio. No hay duda de que la vejez supone una aceptación, tal vez un desdoblamiento de uno mismo —te ves distinto de lo que has sido—, pero esta aceptación pasa por **mantener el deseo de vivir**.

La viajera de noche no es una guía para envejecer bien, **es un grito contra la invisibilidad y el rechazo a los que se exponen los viejos y, sobre todo, las viejas**, así como una invitación a oponerse a la exigencia de la sociedad contemporánea de que nos hagamos mayores en silencio y de forma disimulada. Como dijo Simone de Beauvoir: «La vejez es una cuestión de civilización. ¡Continuemos con la batalla!».

LA AUTORA



Laure Adler es escritora, periodista y productora. Biógrafa de importantes personajes del siglo XX, como Marguerite Duras o Simone Weil, recibió la Legión de Honor en 2015 por su trayectoria. En Ariel ha publicado *Hannah Arendt: una biografía*.

EXTRACTOS DE LA OBRA

«Hay algo peor que un viejo sin ningún signo distintivo: una vieja. Hay algo peor que una vieja, y es un viejo pobre. Hay algo peor que un viejo pobre: una vieja pobre.

Actualmente son estas viejas —cada vez más numerosas— las que constituyen la clase más frágil y expuesta. Con sus pensiones minúsculas o inexistentes se convierten en sujetos de no-derecho y, pese al esfuerzo de las organizaciones caritativas, no alcanzan a vivir en condiciones decentes.

También por ellas, por todas las que he conocido en los hospitales públicos o en los centros gerontológicos y que tanto me han dado con su mirada y su esperanza de ser mejor tratadas, he escrito este libro.»

EL SENTIMIENTO DE LA EDAD

«Vivimos una nueva época en la que cuatro o incluso cinco generaciones pueden estar vivas al mismo tiempo. ¿Significa esto que estamos dotadas de la misma energía y que definimos la vida de la misma manera? Vivir la propia vida ha sido siempre una tarea difícil; vivir la relación con el tiempo que pasa se convierte en un deporte de riesgo.»

«La riqueza de las almas viejas y de los cuerpos en proceso de decadencia es inmensa, espléndida, sorprendente. Cuanto más me sumerjo en la vida cotidiana de lo que me queda de vida, más me intereso por los mínimos detalles: rostros, cuerpos, gestos, destinos... Nunca dejamos de descubrirnos. Mi relación con el Tiempo ha cambiado. He entrado en el Tiempo...»

Por desgracia, esa feroz alegría que poseía Dominique Rolin, que contaba ochenta y cuatro años de edad cuando se expresaba así en su libro de entrevistas, *Plaisirs*, no está al alcance de todo el mundo. **Hace falta buena salud, fuerza de carácter y un inquebrantable deseo de ser feliz.** La felicidad y la plenitud en la vejez se dan en todas las latitudes y en todas las civilizaciones. **Envejecer no es una enfermedad, pero el sentimiento de la edad varía en función de criterios psíquicos, físicos y geográficos.** Todos lo experimentamos a partir de una edad, que puede variar mucho. **Un buen día te sientes o te sentirás viejo o vieja.** Puede ser algo pasajero o retornar como una malvada cantinela. A los veintisiete años, Chateaubriand veía que su juventud se alejaba de forma inexorable. Gustave Flaubert se descubrió viejo el día que cumplió treinta y seis años. Le escribió a su amiga Mlle. Leroyer de Chantepie: "... las cosas se han desgastado por sí mismas [...]. Actualmente hago como las cosas. Me deterioro día a día, y la confianza en mí mismo [...], el sentimiento de una fuerza vaga e inmensa que se respira con el aire, todo eso mengua poco a poco". El 29 de diciembre de 1940, con cincuenta y ocho años, Virginia Woolf escribió en su diario: "Detesto la dureza de la vejez. La siento venir. Estoy amargada".»

«La edad es un sentimiento, no una realidad. Puede aparecer un bonito día al despertarte, o cuando te sobreviene una fatiga inexplicable, o cuando al doblar una es-

quina ves sin querer tu silueta en el escaparate, más encorvada de lo que imaginabas. También te la puede infligir otra persona.»

«No es el número de años lo que nos define. No es el acta de nacimiento la que fabrica nuestra identidad. No es la experiencia ni el recuerdo de lo vivido o acumulado lo que construye nuestra relación con el mundo. **Por más que nos sepamos viejos —cuando lo somos—, eso no significa que nos sintamos tales.** No siempre, por lo menos. De jóvenes, podíamos sentirnos viejos. Y de viejos podemos, de vez en cuando, sentirnos jóvenes, jovencísimos. No podemos confundir el hecho de ser viejos —una realidad objetiva que nadie puede negar— con la percepción que tenemos de ello. En este sentido existe, a mi entender, lo que denomino “sentimiento de la edad”. **Nadie se reduce a la edad que tiene. Es posible incluso tener varias edades a lo largo de un mismo día.** Por más que la sociedad te envíe continuas señales de alerta que te recuerdan tu edad, en tu fuero interno puedes escapar, y es lo que haces casi siempre, para vivir lo que el presente te propone.

Puedes tomarte “la revancha” en el momento de la vejez. Las obligaciones conscientes o semiconscientes desaparecen progresivamente, permitiendo que la imaginación tome la delantera. Cada vez tienes más confianza en ti misma. Esa sensación de no tener edad te da alas, ya no has de rendir cuentas a nadie salvo a ti misma. Tienes la impresión de desafiar el ciclo de la vida, de tu vida.»

«Tener la edad que se tiene es un derecho que no tiene edad. Incluso cuando alcanzamos lo que se denomina, por comodidad, una edad avanzada. Habréis reparado en que esa expresión se oye cada vez menos; más bien decimos la tercera o la cuarta edad, y pronto diremos quinta edad para hablar de las personas de más de cien años, que será una edad normal, como cualquier otra. El lenguaje se ha modificado, las expresiones se han dulcificado. Ya no decimos los viejos, sino los *seniors*, hablamos de territorio *silver*, de economía *silver*, de *silver life* para referirnos a esta población que cada vez está más en forma, con unas finanzas cada vez más sólidas, y es cada vez más numerosa, hasta el punto de que amenaza con invertir la pirámide poblacional. Las mujeres de pelo blanco y los hombres de sienes plateadas amenazan nuestro modo de vida, inmovilizan su capital, no ceden su sitio, se muestran exigentes y arrogantes hasta el último suspiro. Todos contra los viejos. El envejecimiento de la población es un fenómeno crucial de nuestra civilización, y avanza con una rapidez que nos llevará al abismo, proclama desde hace años Emmanuel Todd desde sus conocimientos de demógrafo. Es angustioso, dice. Un cataclismo. Asistimos a una inmigración salvaje de viejos, afirma, llegando a una conclusión más que discutible. Entonces ¿cómo nos deshacemos de nuestros viejos? ¡Según él, somos una amenaza para la curva demográfica! **Ser viejo es pertenecer a una misma comunidad sin necesidad de que te señalen, lo que equivale a decir que te estigmatizan.** Al igual que no te pueden definir ni por tu lengua ni por tu origen ni por tu clase social, no deberían categorizarte —incluso podríamos decir reducirte— según tu edad. [...]»

«¿Es la vejez un camino de sabiduría? Son numerosos los textos que desde la Antigüedad dan fe de esta creencia, que sigue hoy vigente en sociedades donde el saber y la experiencia conservan su aura de credibilidad y de legitimidad. En la mayoría de las sociedades tradicionales del Sudeste Asiático y del África negra, los ancianos, más valorados puesto que son más escasos, reciben numerosas muestras de distinción y de consideración al convertirse en intérpretes del mundo sobrenatural. Envejecer es una suerte, un beneficio para uno mismo, pero también para toda la sociedad, que lo aprovechará. Las personas de edad avanzada conservan o adquieren un estatus social más alto que el que tenían en otras edades de la vida, y conservan o adquieren el poder de controlar y gestionar los recursos tanto materiales como inmateriales. Son las que poseen el conocimiento de los rituales, de las genealogías, de las alianzas. Son temidas y

admiradas. [...] Así, la edad es un privilegio, porque las personas viejas dominan los rituales de los que depende el futuro de los jóvenes.»

«**La vejez es una construcción social.** El hecho de que todavía hoy se tenga menos consideración por las mujeres, pese al avance de algunos derechos, ¿nos permite afirmar que ser vieja es más difícil que ser viejo? Por desgracia, todos los datos lo evidencian: para empezar, la anciana da tanto miedo hoy como en tiempos pasados. En la comarca del Rosellón, el Martes de Carnaval se quemaba en la plaza pública un monigote que representaba a una vieja con siete pies (por las siete semanas de Cuaresma). En Italia, el cuarto domingo de Cuaresma se celebraba la fiesta que llamaban “aserradura de la vieja”: consistía en simular que se cortaba a una mujer en dos para a continuación arrojarla al fuego. La última ejecución tuvo lugar en Padua en 1747. En todas partes y en todas las civilizaciones se considera que la anciana es portadora de maleficios y sortilegios. [...] Semejantes prácticas perduran hoy en día, y algunas ONG y asociaciones religiosas intentan ayudar a esas ancianas. En ámbitos tradicionalistas de la India, la viuda se considera aún responsable de la muerte de su marido y se la expulsa. Para que no la mutilen o la maten, huye y se refugia en lugares de acogida cerca de los templos, donde sobrevive miserablemente a cambio de rezos y cantos a la divinidad. Brujas, locas, las mujeres de edad avanzada quiebran el orden simbólico de la sociedad. Son raras las civilizaciones que las respetan, como sucede entre los kikuyu, donde se considera a la anciana una “resucitada de los ancestros”, “llena de inteligencia”, que interviene en los asuntos del poblado. Entre los wolof y los serer, en Senegal, la anciana madre del rey era venerada por el pueblo. En general, en el África negra son las mujeres de edad las que escogen al marido de su hija y a la esposa de su hijo. Esta consideración hacia las viejas, así como el poder que se les atribuye, se deben a que, al envejecer, pierden su feminidad y son cada vez más similares... al hombre.»

«¿Se dice que las viejas son hermosas? Sí, pero de forma peyorativa. Más bien se dice de una vieja que se las da de guapa: miradla, lleva ropa ajustada, colores chillones, tacones, tiene el pelo largo y teñido. En el fondo inspira lástima. Aunque tuvo su momento de gloria, es verdad que ya no se habla tanto del fenómeno de la *cougar*, la mujer que se permite escoger amantes más jóvenes que ella para conservar su fluido vital. Actualmente tiene que llevar a cabo sus travesuras a escondidas. En el siglo XIX, una mujer de treinta años ya se había realizado, o bien había visto arruinadas todas sus esperanzas. [...] Son pocas las mujeres que, tras haber superado un cierto “umbral”, se atreven a hablar de su sexualidad. Al igual que George Sand, la escritora Benoîte Groult practicaba el arte del amor físico como panacea para no sentirse envejecer. El amor físico es bastante más eficaz —y agradable— que cualquier *lifting*. [...]»

«¿Ha acabado definitivamente la época de vilipendiar a las mujeres de edad madura que reivindican su deseo? Jane Fonda dice que esperó a tener ochenta años para “cerrar la tienda”. Anteriormente había tenido tanta necesidad de sexo como de amistad, y asegura que a los setenta años descubrió el éxtasis amoroso con su nuevo marido.»

«¿Alcanza la sensación de la edad antes a los hombres que a las mujeres? A menudo, los hombres se sienten menos viejos de lo que son, aunque tienden a encontrar a sus compañeras más viejas que ellos. Por eso algunos cambian de compañera, como si fuera una ley natural. Que un hombre de cabellos grises salga con una guapa mujer que podría tener la edad de su hija no despierta recelos. No ocurriría lo mismo con una mujer madura que saliera con un hombre joven. Al envejecer, los hombres suelen preocuparse por la merma de sus capacidades sexuales. La literatura está repleta de ejemplos. [...] »

LA EXPERIENCIA DE LA EDAD

«[...] Tal vez porque perdió a su madre cuando era muy joven y porque se sintió viejo desde su adolescencia, Edgar Morin decidió romper con la melancolía que experimentó en su juventud, desde que se unió a la Resistencia. Resolvió sobre todo conservar sus aspiraciones de adolescente, no permitir que lo adulteraran. Este fue su *leitmotiv*, una filosofía de vida sobre la que primero teorizó y hace años puso en práctica. Percibe en sí mismo los signos de decadencia física —tiene cada vez más dificultades para andar y decidió por fin comprarse un bastón muy trabajado, un bastón *super rock*—; lamenta sus pérdidas de memoria, que sin embargo no le impiden recitar de memoria durante media hora a Baudelaire o a Victor Hugo; dice que no se obliga a ir despacio, pero que de tanto en tanto se ralentiza. Sabe que posee muchísima energía, pero que algún día desaparecerá. De modo que emplea su tiempo en lo que más le gusta: la lectura, los viajes, el amor, la amistad. Sus facultades de ser, afirma, se amplían cada vez más. No lo puede evitar, constata encantado. Dice que aprende sin cesar de la experiencia de la edad, aunque percibe una cierta indiferencia. Se maravilla continuamente ante la vida, ante esos momentos de felicidad de los que goza como un epicúreo y que tanto le gusta compartir. Es encantador verlo, porque te hace participar en el banquete de la vida [...].»

«Nuestra actitud hacia la vejez constituye uno de los temas principales de la fuerza de nuestra civilización. Es necesario retrasar la muerte, dulcificar la vejez, reintegrar en el contrato social esta clase de edad que en otros tiempos era respetada.

Edgar decidió seguir siendo lo que él denomina “un joven viejo”. Resolvió vivir como le diera la gana, enamorarse a los noventa y seis años y casarse con su dulcinea, no parar de trabajar, pasar parte de la noche leyendo, seguir llevando camisas indias, nadar en el océano, preparar sabrosas comidas a fuego lento, maravillarse de un amanecer, hacer la ruta de los pastos con los pastores al principio de la primavera, divertir a sus amigos inventando chascarrillos, imitar a los famosos, bailar la samba, aprender cada día un nuevo poema, escribir un nuevo libro cada seis meses, volver a ser profesor...

A su lado parezco una vieja. Una vieja de verdad.»

«Algunos acontecimientos, sin embargo, ya sean de menor o mayor importancia, suelen provocar una toma de conciencia que desemboca en lo que yo denomino **la experiencia de la vejez**. El más habitual, el que muchos de nosotros hemos experimentado, es el día de nuestro cumpleaños. Durante mucho tiempo no se festejaba. Hasta el final del Antiguo Régimen, era costumbre decir: “La edad solo es importante en los caballos”. Más tarde se convirtió en un rito social, una ceremonia familiar. Aunque no para todo el mundo, como en el caso de Michel Tournier, quien el día que cumplió setenta y cinco años declaró: “Hoy es mi cumpleaños. ¿Diremos que soy un adulto viejo o un joven anciano? Me da igual”. ¿Es simple coquetería? El cumpleaños es a menudo el toque de alarma en la aparente continuidad de un tiempo que fluye, aunque nos gustaría creer que no se mueve.»

«Ver morir a tus padres te lleva a experimentar con más intensidad que antes el sentimiento de tu propia finitud. A partir de ese momento te encuentras en «primera línea». En su libro *Una muerte muy dulce*, Simone de Beauvoir explica cómo, ante la inminencia de la muerte de su madre, ya no sabe quién es ni qué le provoca un dolor tan profundo. Al principio intenta razonar diciéndose que, después de todo, su madre ya tiene edad para morir, pero ver sus sufrimientos cuando ya no hay esperanza de curación le provoca una inmensa angustia. Igual que Philip Roth, que pasa a ser el padre de su padre, Simone de Beauvoir se convierte en su madre, imita sus gestos, se acurruca, siente que una oleada de dolor le recorre el cuerpo, como si quisiera “acompañar” a su madre en esta última etapa en la que solo puede llorar con voz de niña. El ciclo se ha cerrado. Convertirte

en la madre de tu madre hasta el agotamiento; asimilar la muerte de aquella que te ha traído al mundo te permite desprenderte de ti misma. [...]»

«Tenemos nuestras ideas sobre la vejez. Pensamos que es una edad a la que podemos llegar gracias al progreso de la medicina y de la higiene. Verdadero y falso, ya que siempre ha habido ancianos, desde los albores de la humanidad. Antes había menos, evidentemente, y sobre algunos periodos solo tenemos conocimientos fragmentados. No hay avance alguno en la aceptación de la vejez a través de los siglos.»

«La edad nos puede dar fuerzas. ¿Puede darnos talento también? Es indudable que algunos artistas, en especial músicos, pintores y escritores, tienen una “obra tardía” que linda con la genialidad. Sin duda existe un estilo de vejez que no es simplemente el resultado de los años vividos, sino un don plantado entre los demás dones que pueda poseer el artista, y que solamente eclosiona en la edad avanzada. Por ejemplo, el descubrimiento de la luz penetrante que hizo Tiziano al final de su vida, o los hallazgos de Rembrandt y Goya, que en la última etapa de su existencia lograron hacer visible lo que es invisible, como si hubieran alcanzado una suerte de metafísica.»

«Por más que pensemos, si tendemos al pesimismo, que somos viejos antes de tiempo, por más que lo digamos y lo repitamos, la experiencia del tiempo en y sobre nuestra persona deja marcas psíquicas y físicas, y dibuja una cartografía de cicatrices que, mal que bien, intentamos enmascarar. La alteración o la modificación que los años graban en nosotros modifican nuestra definición y nuestro apetito por el futuro. La sensación de que “quemamos” tu tiempo sin darte cuenta, ese apetito ilimitado, tan normal que ni siquiera le prestas atención, mengua para transformarse en voluntad de vivir más, es decir, de sobrevivir. Esa suerte de languidez es una versión rebajada o atenuada de aquella agitación vital que venía contigo desde tu nacimiento. No significa necesariamente que te sientas disminuido en tus facultades y en tus posibilidades —de joven piensas que los viejos están en todo disminuidos porque te resulta más cómodo—, lo que cambia es tu relación con el horizonte, la percepción de un cuarto muro, la ausencia de escapatoria que puede transformarse en domesticación de tu propio destino. Citemos otra vez a Chateaubriand: “A mi entender, por mucho que aprecie a mi pobre persona, comprendo que no superaré mi vida. En unas islas de Noruega desentieran unas urnas que tienen grabados unos caracteres indescifrables. ¿A quién pertenecen esas cenizas? Los vientos no lo saben”. *Vida de Rancé* es el último texto que escribió Chateaubriand, quien gracias a la excelencia de su escritura hizo de la vejez un estado existencial, y no una semimuerte, como deseaba. Leyéndolo y releéndolo se me ocurrió el título de este libro, ***La viajera de noche: “La vejez es una viajera de la noche: la tierra queda oculta para ella, solamente puede ver el cielo”.***»

LA VISIÓN DE LA EDAD

«[...] Me llevo la mano a la parte baja de mi rostro para borrar las arrugas. De nuevo esta prueba que se repite, cada vez más cruel. Imposible ignorarlo, fingir. Al llegar a cierta edad, todas y todos tendremos este tipo de experiencia cada vez más a menudo. Por definición, no nos vemos envejecer. Nos llega de forma accidental, como un rayo. Y cuando eres tú la persona que tienes delante, te dices con crueldad: ¿cómo lo haré para estar todo el día paseándome entre la gente sin que se den cuenta de que tengo la cara tan arrugada? Si me ven de espaldas, nadie diría que soy vieja. Pero ¿de cara? ¿Hasta cuándo me aceptaré? ¿Hasta cuándo me “reconoceré”?»

«Verse envejecer resulta más doloroso que cuando son otros quienes nos lo señalan.

Aunque prefieras no pensar en ello, has iniciado un viaje que te supera, el tiempo del que antes disponías de forma ilimitada se agota inexorablemente y tienes miedo de no emplearlo bien. Eso no significa que no “pierdas el tiempo”. Tendemos a creernos muy astutos y aplazamos la posibilidad de vivir plenamente cada instante. Nos robamos la vida a nosotros mismos, sin darnos cuenta de lo que perdemos.»

«Decimos que “avanzamos” en edad. Preferimos dejarnos llevar por el *continuum* de la vida creyendo que somos siempre los mismos en el fluir de ese tiempo que pensamos que no nos modifica en lo esencial. Habría que ser estúpido, sin embargo, para ignorar que hace mucho tiempo que abandonamos la idea de una vida sin límites —algo en lo que no pensábamos a los veinte años—, sin que por ello creamos que moriremos mañana o pasado mañana. Conservamos nuestra vitalidad intacta. Estamos vivos. Para disgusto de algunos, seguimos con vida. La vejez no es solamente *haber sido*, es *seguir siendo todavía*, es un *futuro*. Intensamente.»

«No quiero volver a mi juventud. En absoluto. No siento nostalgia del pasado. No me siento tan diferente. Es cierto que voy un poco más lenta. Espero a que el semáforo se ponga en verde para cruzar, no encuentro las llaves en el bolso, olvido dónde dejé aparcado el coche ayer, me equivoco de día para las citas, ya no quiero salir todas las noches, pero no por eso me he vuelto más formal; en este principio de primavera que nos ha robado el confinamiento me siento igual de feliz al ver desde mi ventana los nuevos brotes en los árboles de mi calle, y envejecer no me impide sentirme partícipe de esta renovación. Sin embargo, cada primavera me rompe el alma: ¿cuántas más podré vivir?»

«La vejez podría suponer que abandonamos los relumbrones sociales para centrarnos en lo que de verdad nos importa, como si nos desnudáramos de toda pompa para alcanzar lo esencial. ¿Dejar de repetirnos machaconamente todo lo que no hemos podido o no hemos sabido vivir y adquirir una especie de confianza? Cuando yo era joven, me castigaba a mí misma, me impacientaba, pensaba que nada iba lo bastante rápido ni era lo bastante fuerte. Vivía en desarmonía. Siempre por debajo. El reloj de la vida ha calmado y hasta ridiculizado esos intentos vanos y pretenciosos. No es solo que la dureza de la edad no me agobia ni me impone su ritmo, sus preocupaciones y sus angustias, sino que me he desprendido de toda clase de ilusiones destructivas que pesaban sobre mi vida, y ahora estoy más dispuesta a recibir, incluso a dar con la belleza allí donde, durante décadas, no había sentido más que una respetuosa indiferencia. La lectura de un poema de Celan me deja fulminada, los ojos se me llenan de lágrimas durante un baile de Anne Teresa de Keersmaeker, mi cuerpo en ese cuerpo colectivo durante la *Novena* de Mahler.»

«A los viejos hay que dejarlos juntos y esperar. ¿Esperar a qué? La muerte, y no la esperanza de una vida que puede conllevar bastantes placeres. Pero para eso hay que cambiar el punto de vista y abogar por una vida en común totalmente diferente de los modelos que supuestamente nos proponen, pero que de hecho nos imponen. Hay que luchar contra la discriminación por edad y convertir esta lucha en una causa esencial de nuestra civilización. Porque es en verdad una causa: humana, humanista, social, política. De vez en cuando, las instancias políticas organizan jornadas nacionales en las que solicitan informes... y dejan para más tarde las decisiones necesarias. En esta era de obsesión por el rendimiento, ayudar a personas ancianas que la sociedad considera «inútiles» tiene una traducción material —salarios de miseria—, psíquica y mental para aquellas —el 97 por ciento son mujeres— que llamamos cuidadoras a domicilio o asistentes personales. ¿Por qué una profesión tan útil socialmente goza de tan poca consideración? En el mejor de los casos, se las considera ayuda doméstica y les cuesta lo suyo que se respete su misión: acompañar, responsabilizar, devolver autonomía y confianza a personas a las que miran con respeto y benevolencia. Su papel es hacer que estas actividades se lleven a cabo y no que se hagan más deprisa. Las residencias de personas

mayores dependientes no son guarderías. Al infantilizar a las personas mayores, con el pretexto de darles un máximo de seguridad, impedimos que ejerzan plenamente su papel como ciudadanos. [...]»

«Actualmente, la vejez se ha convertido en un mercado y las personas mayores nunca han tenido un nivel de vida tan elevado. Desde hace cinco décadas, los ingresos de las personas mayores aumentan más rápidamente que los de los jóvenes. Aunque con el progreso de la medicina, que permite que cada vez más personas vivan más años, ha mejorado la atención a los mayores, no nos hemos adaptado a este nuevo hecho, ni política ni humanamente. Para los más ricos, todo va bien, o casi... Porque la enfermedad de la vejez está tan profundamente grabada en nuestro subconsciente que degrada a todo el mundo, incluso a los que pagan una fortuna para que accedan a cuidar de ellos. Que no te consideren más que un cuerpo inútil, un espíritu débil, una boca que alimentar, es un síntoma grave de una sociedad que ha enfermado del culto que otorga a la eficiencia, a las apariencias, a la intensidad del presente, a la fuerza de la juventud. A aquellas personas que ya no pueden tomar ese tren que va cada vez más rápido se las coloca en centros especializados donde entran con la idea de esperar la muerte, que a sus propios ojos tarda más de la cuenta en llegar. Hace solamente cuarenta años, en la ciudad, nuestros abuelos, si tenían la suerte de llegar a viejos —la esperanza de vida era de setenta años—, eran acogidos hasta su muerte en la casa de nuestros padres o de algún familiar. También en el campo, los hijos hacían un sitio a sus ascendientes —a menudo tras hacerse con sus propiedades— hasta que les llegaba la muerte. La vida no siempre era feliz, en ocasiones podía haber malos tratos en la intimidad familiar, pero nuestros ancianos formaban parte del ciclo de las generaciones y se beneficiaban de un estatus, un lugar, un reconocimiento en el interior de una tribu familiar. Hoy en día están descalificados, sobre todo a causa de la discriminación por edad. Los apartamentos son demasiado pequeños, las mentalidades han cambiado. Ya nadie es responsable ni culpable. Sin embargo, perdura la idea de hacer todo lo posible para que tus padres puedan tener la mejor vejez, y hay millones de personas entregadas al cuidado de sus mayores. Estas personas sacrifican su tiempo, su energía y su economía para ayudar a sus padres. [...]»

«El miedo a la finitud es una de las principales razones de la incapacidad para afrontar la vejez, tanto la nuestra como la de los demás. Antes, la población masculina se dividía en “rangos de edad”. Estaban los que tenían edad para partir al frente en caso de guerra y los que se quedaban porque eran demasiado viejos. Hoy en día, incluso la palabra *edad* se ha convertido en un cajón de sastre que señala más una apariencia social que un estatus o una función. “Pero ¿qué edad tiene esa mujer?”, “¿Os dais cuenta?, si ya no tiene edad de...”, “No aparenta la edad que tiene, cómo lo ha hecho...”. Acabo aquí la letanía, sin olvidar la de “Ah, para su edad no está tan mal...”»

«Es un tópico decir que los viejos regresan a la infancia. Como si hubiera un ciclo de vida que funcionara también hacia atrás. Esta idea equivocada nos permite calmar miedos arcaicos y no querer saber que un viejo ha sido joven, que posee en su interior el resplandor y la fuerza de aquella juventud, mientras que un niño, por definición, no tiene el sentido de la vejez. Tendemos a imaginar que las fuerzas de los viejos declinan y que, en cierto modo, dan su consentimiento, como si hubiera un acuerdo físico y psíquico para rendirse. Es una forma de sentirnos menos culpables al dejarlos de lado. También implica que consideramos la vejez una enfermedad incurable. Una de las principales razones de la reprobación moral que sufre la vejez y que conlleva *de facto* una marginación social es el culto que profesamos a lo nuevo, a la renovación, a lo siempre nuevo, a lo eternamente renovable. Este reino de la obsolescencia programada convierte el imperativo del cambio en el ADN de la sociedad de consumo. Nos lleva a pensar que la vejez es la inmovilidad, lo fijo, lo que no cambia, lo que ya está caducado y pronto desaparecerá de nuestro horizonte. La idea de pérdida de transmisión que opera desde la segunda mitad del siglo

XX ha intensificado esta percepción de la supuesta inutilidad de los mayores. Antes, cuando un anciano fallecía, desaparecían con él una herencia cultural y folclórica, un saber hacer, incluso algunos secretos ligados a la longevidad. Ahora que los hemos despojado de sus atributos, ya no les prestamos atención o fingimos que lo hacemos, convencidos como estamos de que no tienen nada que decirnos. Y yo, ¿qué les transmitiré a mis nietos? El vínculo fuerte y vivo que existe todavía, ¿perdurará?»

«Existe —y cada vez en mayor número— eso que antes se llamaba edad avanzada. Hoy las personas centenarias son legión, y ya se habla de la cuarta edad, e incluso de la quinta.

Estudios geriátricos publicados en la revista *Science* en junio de 2018 señalan que se envejece menos a partir de los ciento cinco años, y que hay menos riesgo de morir a los ciento cinco... que a los cien años. A partir de una investigación llevada a cabo en Italia, un equipo de investigadores estadounidenses e italianos declara haber encontrado pruebas de lo que denominan “una meseta” en la mortalidad humana. A partir de una edad muy avanzada, la esperanza de vida no baja, sino que se estabiliza. Como si hubiera una especie de casilla a partir de la cual ya no experimentamos los habituales estragos de la edad. Estas afirmaciones son contestadas por especialistas de la edad avanzada como Jean-Marie Robine, estudioso de Japón y de Francia, quien no ha observado este tipo de fenómeno, pero que revela que a partir de los ciento ocho, la mortalidad baja... durante dos años. Como si la vida larga, muy larga, fuera acompañada de un especial instinto de supervivencia.»

«¿Las personas mayores se alejan de sí mismas de forma natural? Es como si hubiera una especie de ruptura interna. Mis padres no se parecen a la imagen que guardo de ellos. Al vivir en un territorio geográfico y mental que se estrecha de forma inexorable, son como esos domadores que con su anillo de fuego intentan alejar a las fieras que se quieren abalanzar sobre ellos. Poco a poco, habitados por una finitud que los agobia, se desvinculan de nosotros. El tiempo mismo está muerto. Resulta violento tener que escuchar el deseo (legítimo) de morir por parte de aquellos que nos han dado la vida. Separar. Compartmentar. Hacerse con reservas de imágenes. Recordar palabras de antaño. Permanecer en una escucha de abandono, dejar ir la idea misma de conversación, lo que no significa que no haya intercambio. Recolectar, recoger todo lo que sea posible, agarrarse a las ramas, picotear, y de golpe hay frases tan hermosas que te ayudarán a mantenerte durante días. Entonces lamentas haberte abandonado a pensamientos sombríos. Vuelves a creer aunque sabes que la partida ha terminado. Y todo vuelve a empezar. ¿Tenía razón el médico? No te lo crees. Sientes un nudo en la garganta, una tristeza infinita en tu interior mezclada con una estúpida rebeldía. No puedes escapar. No hay ningún lugar al que escapar. Has de vivir al día.»

A MODO DE EPÍLOGO

«Todos seremos viejos un día u otro. Yo ya lo soy... De joven nunca lo imaginé. Me decía que moriría antes. El hecho de ser mortal rimaba a mi entender con eterna juventud. Más tarde constaté, observé y después comprobé que entraba en la vejez sin aceptarlo ni alegrarme por ello (cómo alegrarse de la piel que se arruga, de las manchas que aparecen, de un cuerpo que cada vez te gusta menos enseñar), pero sin rebelarme. Lejos de las amenazas de mi madre, que veinte años atrás me había anunciado con solemnidad que pensaba poner fin a su existencia cuando fuera demasiado vieja, y que afortunadamente no cumplió sus amenazas, yo empecé a adaptarme, a prestar más atención a mi grupo de edad y a encontrar cada vez más escandalosa la estigmatización que sufren las personas

que han superado una cierta edad. “No se sabe a qué edad empieza la vejez, igual que no se sabe a qué edad comienza la riqueza”, escribe Pierre Bourdieu. Sí, pero yo sé que he llegado y que lo soy. Y no me reconozco en aquello que quieren que sea: menos rápida, menos eficiente, menos útil a la sociedad. No significa que me sienta “un prodigio de memoria”, o una “sabia” poseedora de secretos o de recetas producto de los muchos años vividos. No vivo la edad que tengo como una disminución de mi ser, sino como una vitalidad menos impaciente.

Apelo a una “neutralidad” de la vejez, no necesariamente a una superprotección que podría resultar pesada, sino a una sociedad que, en lugar de ver la vejez con desconfianza y miedo, la considerara como un valor activo. No temerla para poder desearla. Hay que detener la violencia que se ejerce sobre ella desde todas partes, y que señala el fracaso de nuestra civilización. Considerar la edad una reserva de comienzos, una posibilidad de llenar el mundo en lugar de abandonarlo. Cambiar la vida, o en todo caso cambiar la definición y el significado de vivir. Abandonar la lengua performativa económica, que destruye los destinos individuales y los vincula a sus capacidades de hiperproducción, para revitalizarnos, agarrarnos a nuestra existencia en todo momento, puesto que la vida no quiere nada más allá de ella misma y nos indica el camino del presente.»

«Un viejo de hoy es menos viejo que uno de antes. Envejecemos cada vez mejor y cada vez menos. Eso no es necesariamente cierto. “La buena vejez es la que no resulta una carga para nadie”, decía Aristóteles. Te prometes que no harás pagar a tus hijos tus desgracias físicas y mentales. Prestas atención a las soluciones que han puesto en práctica tus amigas de más edad, que parecen felices en sus residencias para mayores, aunque te dices que no es normal que te clasifiquen y te coloquen en un sitio u otro según tu edad. La idea me resulta tanto más chocante por cuanto es lo contrario de lo que se hace en algunos países europeos, donde se mezclan distintas generaciones, lo que al parecer beneficia... tanto a los jóvenes como a los mayores. Aunque en Francia es poco frecuente, colocar las residencias gerontológicas junto a jardines de infancia ha dado excelentes resultados. ¿Hemos de aceptar vivir segregados por el simple hecho de ser *seniors*? Solamente una sociedad opulenta puede acoger a tantos viejos. ¿Está preparada para repartir equitativamente el fruto del crecimiento entre los distintos grupos de edad? Es obvio que no. Lo que se les ofrece a los viejos es una especie de “bruto” de la vida en el que los frutos de su trabajo y sus propios ahorros les servirán para financiar —si les es posible— el tiempo que vivan sin trabajar. Y cuanto menos reclamen, mucho mejor. La legitimidad de su palabra es tan débil que resulta inaudible. No nos dejemos embaucar por las trampas de la lengua dominante que quiere domesticarnos y, en ocasiones, incluso reducirnos al silencio. “El *senior* es al viejo chocho lo que el discapacitado auditivo es al sordo y el técnico de superficie al barrendero: una concesión costosa”, observa con razón Régis Debray. Desde hace un tiempo, la supuesta ciencia de los viejos no para de progresar: ahora se habla, por ejemplo, de “vejez exitosa”, así como de “envejecer exitosamente”. Saber «gestionar» la última parte de tu existencia se ha convertido en un deporte de alto nivel. Es una actividad carísima, reservada a los ricos occidentales que viven en una ciudad. Se les pide que conserven un cuerpo fresco, libre de cicatrices, sin signos distintivos, un cuerpo que vive, que late al ritmo del mundo, sin accidentes ni deterioro. La obsesión por la perfecta salud se ha convertido en una fortaleza patológica en la que la vejez está destinada a decepcionarnos. Ni vejez, ni dolor, ni muerte. La instantaneidad del puro presente, libre de escoria, apunta a la eternidad, por lo que niega la finitud de la existencia humana. Como el miedo al sexo se ha ido borrando progresivamente desde el siglo pasado, puede que ahora el auténtico miedo sea el miedo a la vida. Ese miedo entró en nuestra mentalidad y ha quedado confinado en el rincón más oscuro, de donde no ha vuelto a salir: la imaginación inviolada e inviolable. El aumento de los “no muertos” debido a la generalización de los cuidados, ¿hará desaparecer la noción misma de vejez? El hastío que conlleva sufrir y apagarse lentamente explica que haya surgido un cuerpo físico que es

al mismo tiempo un cuerpo fiscal generador de nuevos beneficios en un mercado que busca lo ilimitado y nos promete sucedáneos de inmortalidad. ¿Cuándo tendremos seguros para no morir en una sociedad que no quiere riesgos?»

«Es difícil comprender que ya no somos como antes. El tiempo es la escuela donde aprendemos, dijo Joan Didion. “Las flores se secan, las placas tectónicas se mueven, las corrientes marinas se desplazan, las islas desaparecen.” Siento deseos de contemplar el azul del cielo, de aprender una lengua extranjera, de poder encerrarme durante días en las bibliotecas, de subir por el sendero de montaña que lleva a una granja abandonada. Me olvido de los nombres, la memoria me falla —pero ¿a quién no le falla la memoria?—, tengo manchas en el dorso de las manos, arruguitas en las comisuras de los ojos y la boca, ya no puedo leer ni hacer nada sin gafas, el mundo me aparece como a través de un velo de nubes, pero todavía estoy aquí, a pesar de todo sigo aquí. ¿Seguiré viviendo sin creer verdaderamente que envejezco? No quiero creerme joven, pero no quiero que la sociedad, por mi edad, me prive de ese sentimiento de continuidad que me permite existir. Durante gran parte de mi existencia, las personas de edad eran los demás. Hoy ya estoy en el grupo de los demás. Nunca me lo había imaginado, ni siquiera en sueños. Conservar el gusto por el mundo, encontrar cada día la sal de la vida, intentar estar a la altura de Simone de Beauvoir, que observa: “Me he convertido en otra, aunque siga siendo yo misma”.»

Ariel

Para ampliar información, contactar con:

ITZIAR PRIETO (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
659 454 180/ iprieto@planeta.es